

# Historia y presente



# El comienzo

El texto que sigue es un fragmento de cierto número de folios mecanografiados que me fue entregado en las oficinas de Ediciones Ruedo ibérico (entonces en la rue Aubriot, París), en una fecha que no recuerdo exactamente, hacia el año 1965. El autor rehusó comunicarme su nombre. Afirmó ser un hombre que se había beneficiado de la situación creada por el régimen franquista y que había redactado su testimonio por razones exclusivamente morales, por liberarse un tanto del tormento de su conciencia. Me dio a entender que le sería imposible redactar —como había sido su intención primera— un testimonio completo de sus experiencias en el curso de la guerra civil y en la inmediata posguerra. El texto mecanografiado está abundantemente corregido de manera autógrafa. He lamentado siempre haber carecido de toda posibilidad de animar al autor a completar las páginas que me entregó en la única ocasión en que le he visto. La veracidad de la relación está apoyada no sólo por la autenticidad del tono y la riqueza de detalles que aporta el texto, sino por numerosas alusiones a la «liberación» de Lora del Río que se encuentran en los libros de otros historiadores de la guerra civil española. José Martínez.

## 1936

### La 'liberación' de Lora del Río

Yo habría podido asistir al Consejo de guerra sumarísimo. Yo era tan franquista y combatiente como cualquiera de mis superiores, conocidos o amigos que constituían el tribunal. Pero no me interesó, y tampoco hubiera entendido mucho. En aquel reciente julio de 1936 acababa yo de cumplir dieciocho años; era el clásico campesino casi analfabeto. [...] Pero si no puedo relatar el rápido desarrollo de aquel proceso de urgencia, intentaré exponer la impresión que conservo de su ambiente al cabo de un rato que estuve de mirón.

El Consejo de guerra se celebraba en el Salón de sesiones del Ayuntamiento de Lora del Río —el Guadalquivir—, provincia de Sevilla. Era un día de principios de agosto de aquel mismo año en que la extrema derecha española organizó, al fin, la guerra de exterminio más implacable que ha sufrido el pueblo español, y la más vil e inhumana de la historia. Y digo esto con la autoridad del que conoce la universal y preparó e hizo contra los españoles la llamada «Cruzada de liberación». Hacía el calor atroz, húmedo y pegajoso de los días de san Lorenzo en las vegas hispalenses de Andalucía la Baja. Y en el Salón de sesiones reinaba una atmósfera oscura, asfixiante, agobiosa.

Recupero hoy todo aquel triste escenario, con las boinas, los uniformes y botas altas de aquella década misma en que comenzaría una guerra

mundial que acabaría atómica y en Nuremberg, y es en mi recuerdo actual como un gran cuadro de esos del siglo XVI, que sin más valor que el histórico, yacen de cara a la pared en los desvanes de algunos museos. [...]

Quizás no me impresionó el grado de antigüedad ni el estilo arquitectónico del edificio municipal. Pero su Salón de sesiones era un local ténebre, de insuficientes y angostas ventanas para iluminar su gran capacidad, y un techo, no sé si artesonado, poderoso, negro, abrumador.

Al fondo, bajo el dosel de la alcaldía, tras unas mesas renacentistas puestas una junto a otra, estaba el breve tribunal militar, compuesto por conocidos míos de la vida civil recién alterada y cuya sabiduría de los códigos era sin duda pareja a la mía. Lo presidía un tal Mencos, no sé si teniente o capitán de complemento de Artillería, y a quien recuerdo muy bien porque era un señorito de la burguesía sevillana con tantas pretensiones de aristocraticismo como incultura y brutalidad.

No sé si habría algún asesor jurídico o alguna defensa. Pero ni siquiera habría sido necesario un fiscal. Nosotros, los «liberadores» de aquel pueblo en nombre de Dios, la Patria y el Rey, éramos los vencedores de aquellos procesados sumarisísimamente. Hoy creo que si no recuerdo la existencia de un defensor es porque si éste hubiera existido habría sido, en realidad, tan fiscal acusador como todo aquel tribunal dispuesto de antemano a condenar sin remisión.

Después, de espaldas a mí, que estaba en la puerta, en dos grandes filas de bancos en las iglesias, donde hasta entonces y en auténtica tradición española se venía sentando aquel mismo pueblo para intervenir en las deliberaciones concejiles, amarrados de dos en dos por los puños, había unas trescientas personas de aquella misma ciudad, cuyo total de habitantes no subiría de tres mil.

Los había viejos y más jóvenes que yo. Vi algunas mujeres; unas, de cierta edad; otras, con menos. La mayoría —como de un pueblo únicamente agrícola— eran campesinos, pero también supe que había obreros, empleados e incluso titulados universitarios.

Guardaban este interior unos cuantos requetés, así como la puerta y la plaza. Y lo que mayor ahogo y angustia física le daba al local era la inmensa multitud de familiares de los presos que se apretaban para estar lo más cerca posible —por última vez— del padre, hermano, hijo o marido, y que se apretujaban aún más a la puerta, en su afán comunal de estar todos allí.

Nosotros, los rebeldes sublevados contra la paz y la legalidad constitucional, acusábamos de auxilio a la rebelión y procesábamos en Consejo de guerra sumarisísimo a un pueblo que en defensa de la paz se había mantenido fiel a la Constitución del país legalmente establecida. Si éstos no son crímenes de guerra, el tribunal de Nuremberg tampoco debió existir.

Pero, además, la aberrante monstruosidad no se limitaba a las cuestiones de principio, sino que se continuaba en los procedimientos. Aquellos

centenares de detenidos no eran juzgados uno por uno, analizando con cuidadosa justicia el caso de cada cual. Pese a haber sido presos y acusados por chivatazos más o menos arteros o pueriles, se les juzgaba en bloque; tal como los nazis de años después juzgarían al pueblo judío. Con la diferencia de que éste iba a la muerte bajo la secreta complacencia de un papa, mientras que siendo Pacelli cuando nuestra sublevación secretario de Estado, aprobó que la Iglesia católica llamase a esta masacre de un pueblo cristiano «Cruzada de liberación». Dios perdona a Pío XII por lo que no hizo a favor de los judíos y por lo que hizo en contra de los españoles.

Y la trágica mascarada jurídica continuaba. Yo he asistido luego y he intervenido en Consejos de guerra muchos años después de «liberar» en «Cruzada» mi hermosa y querida patria, y puedo, por ello, repetir aquí a *grosso modo* preguntas inquisitoriales que durante años se hicieron en los tribunales militares y aún se siguen haciendo:

- ¿No es más cierto que usted dejó de ir a misa desde pequeño?
- ¿No es más cierto que el padre del acusado participó en una huelga general en 1917?
- ¿No es más cierto que usted se enorgullecía de haber leído a un tal Manuel Kant?
- ¿No es más cierto que usted gritó vivas a la República en tiempos de la Monarquía?
- ¿No es más cierto que usted tenía en su domicilio el libro *El Contrato Social*, de Rusó?
- ¿No es más cierto que usted fue el conserje de un «Rotary Club»?
- ¿No es más cierto que usted le estrechó la mano al presidente de la República un día que pasó por aquí?
- ¿No es más cierto que usted admiraba a un tal Franklin Delano Rusbel?
- ¿No es más cierto que usted tachó de dictadores a los jefes de nuestros grandes regímenes hermanos, Hitler, Mussolini y Salazar?
- ¿No es más cierto que usted dijo que la Iglesia católica española es por su corrupción la más anticristiana del mundo?
- ¿No es más cierto que usted estaba suscrito al diario *El Sol*?
- ¿No es más cierto que usted pertenecía al Sindicato de Albañiles?
- ¿No es más cierto que usted le tenía una gran devoción a Pablo Iglesias?
- ¿No es más cierto que usted pensaba ir a Rusia?
- ¿No es más cierto que los catorce de abril usted colocaba una bandera republicana en su balcón?
- ¿No es más cierto que un día usted no le cedió la acera a un padre de la Compañía de Jesús?
- ¿No es más cierto que el acusado ha dicho en varias ocasiones que el glorioso Ejército español es sólo el conjunto de los vagos nacionales desertores del trabajo?
- ¿No es más cierto que usted era diputado republicano al Parlamento?

—¿No es más cierto que usted era secretario del Sindicato de Camareros y similares?

—¿No es más cierto que usted ha escrito un ensayo sobre Carlos Marx?

—¿No es más cierto que usted ha traducido a un tal Federico Engels?

—¿No es más cierto que usted ha manifestado en diversas ocasiones su alegría por la Independencia de América?

—¿No es más cierto que usted se ha manifestado derrotista en cuanto a la posibilidad de reconquistar Africa y los países árabes?

—¿No es más cierto que siendo usted sirvienta tachó a su ama de miserable y explotadora?

—¿No es más cierto que usted no es partidario de contribuir con su óbolo al bienestar de la Santa Iglesia?

—¿No es más cierto que usted ha hecho colectas públicas para los niños hambrientos de Rusia en 1922?

—¿Y no es más cierto que al iniciarse el 18 de julio de 1936 el Glorioso Movimiento Salvador de España, usted se quedó en su casa diciéndole a sus vecinos que la gente de orden debía mantenerse tranquila para ayudar al gobierno de la República a continuar en la legalidad?

—Sí, señor —respondía a todo eso aquella honesta gente.

De una manera casi automática, consabida, casi sin deliberación alguna, o bajo la oportunidad de fumar un cigarrillo, infinitos tribunales de la «cruzada» bendita por la Iglesia dictaminaban que todos aquellos procesados u otros por el estilo habían ayudado a la rebelión y eran reos de muerte. [...] Quizás el lector se pregunte también si los supuestos delitos que implican las cuestiones del interrogatorio transcrito estaban previstos en las leyes civiles o militares de la época.

En defensa legítima de la verdadera tradición jurídica de mi país, me cabe asegurar solemnemente lo que cualquier jurista del mundo sabe muy bien [...]. Al sublevarse la Iglesia, el Ejército y la minoría capitalista de España contra los intereses del pueblo español, éste se había dado ya en los escasos años que alcanzó la República, la más justa, noble y generosa legislación de la tierra.

Es posible, pues, que ya el lector vea conmigo que la histórica escena yerta y oscurecida en los desvanes de las páginas negras que existen en las historias de todos los países es capaz de resurgir. Y no sólo con sus procedimientos lentos y aparatosos autos de fe propios del Medioevo, sino en Consejos sumarísimos que duran horas, y con las técnicas que espero tenga el lector valor de leer. En la Europa anterior a Jovellanos y a Rousseau, los «viejos cristianos» masacrábamos a los «perros judíos» de una manera primaria y caótica. Pero diez años antes de que el contemporáneo Hitler horneara a millones de israelitas, la «cruzada» que Franco consiguió encabezar acabó con medio millón de su propia sangre española del modo más perfecto.

Pido al lector que me excuse por no haberle podido describir con exactitud, sino a bulto, el desarrollo de aquel Consejo de guerra [...] Esos sucesos de agosto de 1936 los estoy recordando sin la menor nota casi

treinta años después, a fines de 1964, a los 25 años de paz, de pantano y cementerio en que Franco sumergió a mi país.

Claro es, no se me escapa que el lector más ingenuo se extrañará de que el hecho de «liberar» una ciudad sea suficiente motivo causal para matar a trescientos de sus habitantes.

Para que el lector no tenga la menor duda de lo cierto que le relato, debo anticiparle la información que más adelante le detallaré, de una ciudad andaluza mucho mayor —con unos 80 000 habitantes—, que ni siquiera fue «liberada», sino que los sublevados nos apoderamos de ella sin disparar un tiro ni correr una gota de sangre, de la que enviamos al otro mundo a más de 5 000 personas, mediante métodos expeditivos que el pesado cientifismo nazi tardó años en concretar, y nosotros, con diez de avance, pusimos en práctica de la noche a la mañana.

De modo que si en esa gran ciudad que en horas pacíficas pasó de la República a los sublevados, nosotros matamos a 5 000 personas que, aunque hubieran querido, no tuvieron tiempo de hacer nada, en Lora del Río, que estuvo con la República hasta que nosotros la «liberamos» mediante unos cuantos tiros al campanario con vigía, que aquí matásemos a trescientos es tan proporcionado como verosímil.

Sin embargo, algo había ocurrido en Lora del Río que daba un maravilloso pretexto a la «cruzada». Había habido un muerto. Pero no era un sacerdote, un militar o de un partido de extrema derecha que lo hubiera sido gritando un viva a Cristo Rey o con la mano fascista extendida. Era precisamente un hombre tan rico que mantenía en su propiedad kilómetros y kilómetros de tierras cultivables alrededor del pueblo y, por ende, bajo el dogal de sus riquezas, a toda, absolutamente toda, su población laboral [...].

Pero frente a este pueblo tranquilo que se mantuvo fiel a la República, los llamados «poderes tradicionales» —Iglesia, Fuerzas armadas, ricos y extremas derechas del lugar— a partir de la sublevación en Marruecos también lo hicieron en Lora del Río. Aunque ello fue con la pasividad habitual de los conservadores rancios. El cura, algunos burgueses de menor cuantía, unos muchachos «góticos», y varios empleados serviles o amedrentados se unieron a los cuatro o cinco guardias civiles y se recluyeron todos en el cuartelillo en espera bastante vil de ver a cubierto cómo se desarrollaba por el país la sublevación y que, en caso creciente, fuesen de fuera quienes a ellos les sacasen las castañas del fuego.

Probablemente no habría sucedido mucho más o, poco más o menos, lo habitual que ya venía sucediendo y sucedía en otros muchos lugares. Se habrían rendido por hambre o aburrimiento, y la ciudad habría recuperado, como otras tantas, su normalidad constitucional. Pero concurrió el agravante en muchos sentidos de unirse al grupo fortificado el cacique millonario en quien Lora —bajo las mismas muchas razones— personificaba el poderío opresor y constante contra el viejo ansia de bienestar y progreso popular.

Así pues, desde el 18 de julio, la mayoría de los habitantes de Lora del

Río se encontraron que enfrente, en aquel cuartelillo de la Guardia civil, se había concentrado, como en síntesis determinante, todo lo que en el pequeño ámbito de su geografía urbana y rural eran enemigos ya rebelados contra lo que para cada uno de aquellos hombres sin nada era lo más importante de sus vidas: la libertad, la democracia, la República, la respiración, sus estómagos, la salud...

Como yo no pude estar allí dentro ni ser actor de ello, sino que vine de fuera y fui de sus «liberadores», no puedo saber con pormenores ni certeza aquella resistencia en el cuartelillo. Pero lo que sí tengo entendido, como causa oficial de nuestra feroz represalia, fue que aquel pueblo tomó una decisión «fuenteovejuna». [...] Acabada la resistencia más o menos activa en la Casa cuartel, al cura se le dejó libre, acaso por milagro divino, y merced a unos sofisticos razonamientos morales y políticos de aquel pueblo [...].

Quizás por las mismas o parejas razones, también a los guardias civiles y al resto del grupo se les conservó unas vidas que alguien puede considerar inmerecidas, pero se les encarceló hasta ver lo que la justicia del Estado decidiría una vez terminada con la victoria de la República la contienda que se iniciaba [...].

Pero ante el rico propietario, ante el heredero de una familia que durante siglos se venía transmitiendo de padres a hijos la casi íntegra riqueza de aquel término municipal, Lora del Río tomó otra decisión. [...] Y en una telúrica ondulación de furor ancestral, roto por nosotros el embalse nacional de la paz, aquel pueblo se desbordó por nuestra brecha y mataron al déspota que allí era el culpable físico de la miseria general. [...] En mi condición de combatiente franquista puedo y debo afirmar que cualquier muerte —cabezas en la zona republicana, y masas en la nuestra— fueron y son de nuestra única responsabilidad de sublevados, desencadenando un milenario torrente que a duras penas y con extraordinario mérito la República encauzaba por la Ley y el Derecho. En síntesis, la sublevación de las derechas no hizo otra cosa que cristalizar una oportunidad para el pueblo español —que éste no explotó totalitariamente como nosotros— para acabar —«todos a una»— desembarazándose de los que católica, tradicional y legalmente los venían a su vez matando desde tiempo inmemorial.

El «Santo Tribunal» había terminado su tarea. Quedaba la de matar a los condenados. Pero todo esto implicaba para muchos de nosotros —requetés sin graduación alguna— un cierto trabajo no exento de molestias. Había que vigilar a aquellos centenares de presos, más otros enojos propios del caso. [...]

Me dediqué a saquear los humildes habitáculos familiares de aquellos mismos que iban a morir.

Se me crea o no, personalmente, a mí no se me hubiera ocurrido jamás canallada tan incalificable. No he sido ni nunca me consideraré un santo ni mucho menos; pero por mi propia iniciativa, a los dieciocho años de

aquella ingenuidad mía rayana en la imbecilidad senil del ambiente tradicionalista, yo era incapaz de generar una idea así ni de ponerla en acción. No obstante, fui a saquear.

Si el lector me admite una disculpa, podría decirle —si lo recordase— el nombre y apellidos de quien me inició, pero recuerdo que era originario de Algeciras y no olvidaré su rostro, tal fue la impresión que aquello me causaba en lo profundo de la conciencia, sin que yo entonces fuera consciente de ello ni pensar que me afloraría con esta nitidez y pesar treinta años después.

Valga o tampoco valga, también creo que si yo entonces lo hubiera pensado un poco, aquellos saqueos en que me iniciaba, los habría considerado probablemente de lo más natural del mundo.

Todo esto lo pienso ahora, al entrar en la edad humana característica para reflexionar. Entonces yo no creo que mi edad fuera para andar en ello. Incluso creo que a partir de iniciarse la guerra civil, dejé de pensar. [...] Viví aquellos tres años de la guerra más el doble de posguerra en un clima de guerra, como envuelto en una atmósfera de una espesura especial, como si de repente me hubiera hundido en algo viscoso, adhesivo y aislante, algo así como la ceguera de ideas, la ausencia de sensibilidad y el desate de pasiones con que se debían de matar entre sí los hombres de las cavernas. Con razón, pues, el pueblo español nos motejaba de «cavernícolas» a las derechas [...].

Pese a mi tan reciente iniciación como escasa práctica en el saqueo, llegué a adquirir tal experiencia que, luego, más adelante, durante un cierto tiempo, y en ocasiones, actué por cuenta propia y hasta obtuve beneficios. Pero debo anticipar que en el caso primero y repugnante de los saqueos de Lora no acerté a obtener el menor objeto. Nunca encontré allí, en mis diversos y desafortunados registros a aquella humilde gente, nada de valor.

Esta nos recibía en medio de un cierto miedo, silencio o de una indiferencia ya a la desesperada. No había un solo hombre maduro o joven; sólo viejos, mujeres, niños, y vestidos ya de luto, antes de que nosotros hubiéramos rematado nuestros crímenes, y llorando o gimoteando por los rincones alrededor de la única pieza por cuyos lugares de interés nosotros huroneábamos con nuestros dedos rapaces de miserables raposas en busca de unas migajas de oro o de plata.

Puede ser que yo tropezara con habitáculos donde no había nada que robar, sus dueños ya lo hubiesen escondido u otros requetés se nos hubiesen adelantado. El lector debe pensar que aquello no funcionaba de forma organizada, sino ejercida como una consecuencia natural de circunstancias durante las cuales cada uno de nosotros podíamos campar por propia cuenta y según su categoría.

Pero nunca más olvidaré aquellos momentos en que uno descubría una pequeña alhaja, generalmente de escasísimo valor material. Un viejo reloj roskoff con tapas de plata que aquellos obreros se venían transmitiendo como una joya de valor incalculable de padres a hijos;



una modesta pulserita chapada en oro que un novio le regaló a aquella inminente viuda que con los ojos muy abiertos nos miraba hacer desde su rincón; la fina cadenita que una niña recibió el día de su primera comunión. Recuerdo que aquel requeté de Algeciras se lo guardaba mientras un viejo agachaba la cabeza, una mujer se tapaba los secos ojos con un pañuelo o la niña salía corriendo para llorar fuera de aquel hogar ensangrentado, cuya profanación rematábamos con el botín de su medallita. Con el mismo Sagrado Corazón de Jesús por cuyo reinado decíamos nosotros luchar.

Al final de aquel saqueo doblemente mísero —pobre por las presecas que apresar y más ruin aún por nuestro hecho miserable— yo obtuve la experiencia de que cualquier cosa de valor que exista en una modesta casa española está guardada en la gaveta, el cajón más alto de ese clásico mueble nacional que era la cómoda de nuestras abuelas, que aún se sigue usando en España, incluso en Hispanoamérica, y que nosotros, en último caso, descerrajábamos con la punta de la bayoneta.

«Lo que hay en España», comenzamos nosotros a decir, «es de los españoles». Y aún se repite en 1964 por todo el ejército de Franco. Y con aquella frase parecíamos justificarnos entre nosotros mismos. [...] Nosotros, desde luego, en aquellos días comulgábamos todos de la misma mano del jesuita, nuestro benevolente confesor. Evidentemente, en una «cruzada» como la nuestra, la habitual manga ancha del clero español para sus fieles más corruptos tenía que ancharse un poco más.

Tras la pausa de los saqueos relatados, llegó el momento de acabar con aquellos centenares de personas que el Consejo de guerra condenó a morir. Recuerdo que fue por la tarde, después de la comida de mediodía. [...] Los «liberadores», no éramos más allá de treinta y cinco o cuarenta requetés. Pienso, pues, que mis superiores previeron la imposibilidad de organizar pelotones para encajarles doce balas en el corazón a cada uno de los condenados. En primer lugar, esto nos habría hecho trabajar a todos demasiado. [...] El propio jesuita usó el cómodo sistema de absolver en bloque, de modo que todos se fueran anónimamente con su salvoconducto colectivo hacia el cielo. Quizás para esta otra milicia internacional [era] lo más que se merecía aquella despreciable gente sin dinero, malvada *per natura* y difícilmente accesible al paraíso reservado casi exclusivamente para ricos e importantes clientes en los casinos de nuestra retaguardia.

En segundo lugar, al sistema perfectamente previsto dentro de los modos de actuar en la gente conservadora, les pareció demasiado escandaloso repetir a los cuatro vientos y a los oídos de tantas familias del lugar una rítmica serie de trescientas descargas de fusilería, entre las cuales ninguna de ellas podía saber bajo cuál caía el padre, el marido, el hermano o el hijo de cada una. Podría provocar un tumulto. «Para estas cosas», fue la consigna conservadora hasta más, mucho más allá, de la «cruzada», «no hay que darle tres cuartos al pregonero». [...] La última

y decisiva conclusión fue que multiplicando las balas de los reducidos pelotones por aquellos trescientos condenados, daba una cifra de proyectiles que no debíamos malgastar tan estúpidamente. Decidieron que con una bala bien puesta en la cabeza de cada condenado, menos trabajo para nosotros, menos escándalo y mínimo gasto. Y así fue. [...]

La perspectiva de ir a matar a varios de aquellos trescientos condenados de un tiro de nuestra propia mano fue algo que no nos placía externa ni íntimamente al pequeño grupo de los requetés más idealistas que allí pudiéramos ser, por muy exaltadas horas que viéramos en la oscura sima de nuestra ceguera, yerro y estupidez.

Desde luego hubo otros que gozaban de antemano más o menos, como también los había indiferentes. En contra, hubo un grupo de hipócritas o sinceros tradicionalistas que consiguieron escapar. Recuerdo muy bien que un tal Morales, que era requeté como podía ser especiero, se escondió bajo unas mesas, al fondo de nuestro comedor común, y se salvó de ir a la matanza.

Pero entre el grupo de idealistas que escapó, fue voluntario o no pudo escapar, yo no lo pude eludir. Y no lo pude evitar, no porque mi desplacer fuera débil, sino porque mi estupidez era tan inaudita que acaso fuimos atrapados precisamente por nuestra ingenuidad.

No supe o se me ha olvidado totalmente, y no lo consigo recordar, el lugar donde los cientos de aquellos condenados estuvieron reclusos en espera de la muerte. No sé si fue en el propio edificio municipal en que se celebró el Consejo de guerra. Pero no se me ha olvidado nada, a partir de aquí, que iban siendo cargados en camiones de plataforma descubierta, de pie, hacinados —naturalmente— en mazos de veinte —quizás treinta—, y que continuaban como en el juicio sumarísimo, amarrados de dos en dos y entre sí por un puño de cada uno con una soga de esparto, exactamente como las manos, una junto a la otra, de Jesucristo en el Ecce Homo. [...]

En cada camión subíamos también una media docena de requetés; uno o dos, a la cabina, con el conductor, y el resto, arriba, encuadrando a los inminentes muertos.

Creo que no debió haber la despedida natural entre los condenados y sus familiares. Pienso que mis jefes no lo permitieron a causa del barullo fácilmente previsible. En el horno de nuestra «cruzada» no se coció sentimentalismo natural, sino ruín, fariseo o espectacular. En último caso, las emocionantes escenas de unas despedidas de esta naturaleza e intensidad, no creo que se me hubieran borrado tan fácilmente como otras mil cosas de diverso color, volumen y calidad. Pues algo menos emotivo, pero tan único como vibrante, lo recuerdo perfectamente.

Nos encaminamos hacia el cementerio. Y como ellos ya sabían adónde iban —se me creará difícilmente— ya me impresionó entonces, hasta enorgullecerme ahora, la gallardía y la arrogancia tan genuinas y en los

tuétanos españoles con que aquellos hombres y aquella mujer de mi país iban a la muerte.

No elogio; digo lo que vi y sentí. [...]

El camión partió en aquel tórrido y azul día veraniego, a gran velocidad, por aquellas calles y levantando por un camino el polvo fino e inmóvil bajo la calina. Nosotros, los asesinos, íbamos con nuestros fusiles en mano, como las cuatro esquinas de aquel lecho a motor y de muerte. Y al pensar en aquel recorrido, hoy no me explico muy bien cómo aquellas treinta personas en última instancia vital no arremetieron contra nosotros hasta emprender por aquellos cortijos en rastros el camino de unos cuantos hacia la vida y verificación de lo que yo cuento aquí. [...]

Todos gritaban, cantaban y parecían llorar de alegría. Nada había allí ajeno a la naturalidad auténtica de los españoles. Nada de aquel ambiente del verdadero pueblo español se enlutaba un ápice de esa solemne aparatosidad de la Iglesia católica ante la muerte. En aquellos hombres presos y hacia el morir, creo que ha sido mi única y privilegiada ocasión de ver a España viva y en libertad.

Se levantaban dos de aquellos brazos amarrados por las muñecas, en un estirón hacia el cielo; uno, con una mano de dedos muy abiertos, otro, con el puño cerrado con fuerza, y a la vez salía para lo alto un viva a la Libertad. Otros cogían con su brazo libre el de al lado, y ambos los alzaban también vitoreando a la democracia y a la República. Uno se abrazaba a otro —que acaso en la convivencia pueblerina no se hablaran— y en común daban estentóreos vítores a España. Todos se hablaban a gritos —yo no sé qué encargos cabían entre ellos. Este se abrazaba a aquél; otro besaba a un viejo; éste lacrimaba como si se le estuviese casando una hija. Y, conocidos o amigos, aquellos seres se saludaban, despidiéndose, llorando, acaso disculpándose entre ellos por incidentes en una comunidad difícil; como si en aquellos momentos se les ensanchase el ánimo en una gran comprensión hacia los defectos de los que hasta entonces fueron sus convectos en disgusto o enemistad. Y algunos pedían a Dios perdón de sus pecados, invalidando la absolución del capellán de la «cruzada» y dirigiéndose directo al Dios verdadero y personal [...]. Y también se oía el grito estridente, chocante y ofensivo, de vivas a Rusia y a Stalin que lanzaba una muchacha.

Sin embargo, tan fácil como el español más empingorotado es para esas bárbaras blasfemias retorcidas y refinadas contra todos y cada uno de la Corte celestial, siendo sus asesinos tan católicos y apostólicos, yo creo que ninguna ocasión les fue a aquellos campesinos tan oportuna para soltarlas definitivas.

Tampoco nos insultaron, cuando tan humano, comprensible y disculpable hubiese sido ocuparse de nuestras familias y de nosotros, diciéndonos todo lo que nunca se merecieron unos tipos como entonces nos lo merecimos y hasta habríamos encajado como lo que éramos.

No quiero decir, ni siquiera sugerir, que aquella gente fuera un conjunto

de benditos. Supongo —estoy seguro— de que eran unas personas tan corrientes y molientes como puede ser el lector y como lo soy yo. Y aunque relato lo que yo entonces viví, ahora tengo mis dudas de si aquella gente del pueblo nos odiaba a las derechas en la misma medida en que el clero católico español y nosotros sus fieles servidores los odiábamos a ellos. Yo no oí allí más grito odioso que los de la muchacha comunista y sus muertas a España. [...]

Hay momentos, graves momentos en las vidas de todas las personas, en que una mirada de otra no se borra jamás. Yo no recuerdo ninguna; porque también creo que a nosotros ni nos miraban. [...]

Llegamos ante el cementerio; a una pequeña explanada. El camión giró en ésta y, un poco alejado, quedó con el abatible de atrás frente a la fachada.

El camposanto era el clásico andaluz, limpio, blanqueado, casi alegre. Podía servir su frente para cualquier film de pandereta o su portalada para la de un gran cortijo de terratenientes: neoclásica, franjada de calamocha sobre el encalado, una gran verja en dos batientes, de hierro, quizás de Triana y puede que pintada de verde oscuro o marrón. [...] [Se] dispuso que dos requetés de nosotros se quedarían arriba del camión, no sólo para guardar el orden —pues además la rotonda estaba rodeada en su desnudez por la Guardia civil— sino con la consigna de ir descendiendo, incluso a culatazos de fusil, a cada pareja de condenados. Otros dos requetés, bajo la punta de sus armas en los riñones de aquellos hombres, los llevaban hasta la puerta del camposanto, haciéndolos entrar en él y adentrarse, volviéndose unos y aproximándose los otros a la muerte. Y los demás —un tal Antonio y yo— fuimos designados para esperarlos dentro, adosados a los inmediatos nichos del muro a la izquierda, de modo que cuando ellos entrasen hacia el interior del recinto, nosotros quedásemos naturalmente a sus espaldas. [...]

A veces, ya desde dentro y en nuestro apostadero, se oía que algunos de los condenados se resistían en aquel último momento a descender del vehículo. Y Antonio, que siempre fue un poco frío, me decía a mí, que creo que estaba serio en mi papel:

— ¡Cómo se defienden!, y añadía una palabrota.

Y en efecto, algunos debían ser lanzados como sacos de lo alto del camión. Venían llenos del polvo de la explanada y como ya quebrantados. Otros, a quienes en aquellos últimos instantes les desfallecía el ánimo, llegaban azuzados por las bayonetas de los dos requetés intermedios. En ocasiones, era uno solo de ambos condenados el que flaqueaba, y su compañero quien buenamente lo llevaba hacia dentro. En otras, uno de los dos se resistía, y parecía ser su camarada precisamente quien lo obligaba a morir. Pero me cabe atestiguar con orgullo que la mayoría de aquellos pares de españoles penetraban recios, erguidos, con los cuatro brazos en alto, orgullosos, fieros, dando vivas a España y a la Libertad. [...]

Picasso perdió, quizás, una de las escenas más escalofrantes de las que

originó nuestra «cruzada de liberación». Sólo quedo yo, que no tenía siquiera la más modesta máquina fotográfica, pues Antonio fue muerto días después en circunstancias especiales. [...] El y yo, escondidos a la izquierda, teníamos que dejar que ambos condenados se adentrasen en el camposanto. Claro es, ellos sabían que caminaban sin remisión hacia la muerte, pero no dónde. Ellos, recuerdo que entraban, sin maliciar nuestro puesto al acecho, mirando a los lejos; no sé si al cielo o buscando la muerte de frente, como los hombres.

Teníamos la orden detallada de que a la primera pareja la debíamos dejar que avanzara hacia el fondo, de modo que los iniciales cayesen lo más lejos posible. Y éste sería el límite desde el que hacia atrás iríamos dejando a los sucesivos pares. Entonces, a la que inauguró la matanza de mi camión, una vez dentro del camposanto, la seguimos Antonio y yo a sus espaldas, dándoles la aparente confianza de llevar nuestras armas bajo el brazo como los cazadores.

Supongo, naturalmente, que ellos ya tenían que nuestra conducción no era para acompañarlos frente a un piquete, sino para ser nuestras víctimas. Pero yo iba pendiente también de Antonio, que por ser un par de años mayor que yo, a mis dieciocho, lo respetaba. Así que los seguíamos en silencio, a un metro escaso, pisándoles los talones, y en cuanto Antonio me guiñó, encaramos súbitamente nuestros fusiles. Pero no teníamos que apuntar con la menor precisión. Delante de nuestro punto de mira, muy cerca de la boca del cañón, la vertical silueta oblonga y alargada de aquellas cabezas nos cubría, a derecha e izquierda, por arriba y por abajo, gran parte de nuestro horizonte. De modo que centímetro más o menos, en altura o lateral, el balazo en el occipital no podía fallar. Y los dos tiros aquellos primeros partieron. Y luego los otros.

Yo no sé aún por qué aquellos hombres daban un gran salto del suelo. Las tapaderas de las cabezas —quizás con el crujido de un coco que casca— se destapaban como las de una olla a presión que le falta el resorte. Las circunvoluciones cerebrales —vipérinas— emergían erizadas, ondulantes y sibilinas. De ambas cabezas destrozadas, como de un gran ánfora que se desborda, brotaba la sangre a borbotones. Y luego, inmediatamente, los cuerpos caían, a veces, plena, pesadamente y ya en una inmovilidad definitiva, y otras, con unas convulsiones de músculos vivos todavía o acaso con la rebeldía «de la rabia y de la idea» de aquellos españoles.

Excepto las leves variantes a que esta tarea daba margen, todo se desarrolló en tan macabra rutina que sólo puedo añadir algunos incidentes sobre los cuales el lector juzgará.

Casi al final de aquella mortandad, cuando todo parecía ir sobre ruedas, en una pareja como las otras Antonio me guiñó y ambos disparamos. Pero mi víctima —sin duda de un modo inconsciente— hizo en ese mínimo instante un brusco movimiento, y yo marré mi balazo; pero, en cambio, Antonio acertó con el suyo no menos totalmente.

He aquí entonces que mi víctima, sin tocar aún, con la muerte detrás, a punto de morir pero vivo todavía, se encontró con su compañero pendiente de la sogá que les unía las muñecas. Derrumbado uno, con la cabeza destrozada, era una muerte que estaba allí, ya, junto al otro. Aquella sogá ya no unía dos vidas. El pulso de su camarada ya no latía con el suyo. Como aquel coco roto, de donde surgían caños de sangre, pronto, ineludiblemente, dentro de un segundo más, el suyo sería igual. Aquel hombre, aquel joven andaluz, contorneado, toreril y jacarandoso, que iba hacia la muerte con un cierto aire petulante de la escuela sevillana, con la arrogancia de un veterano dominador y desdeñoso, se espantó, intentó zafarse, huir, salvarse saltando una barrera inexistente. Era imposible.

[...] Volvió muchas veces a intentar soltarse, a huir de aquel hombre yerto que con su muerte lo sujetaba a la oscilante y próxima boca de mi fusil, y alejaba en un espasmódico frenesí, dispuesto a dejarse desgarrar en el esfuerzo. Pero la contextura física era mayor que su instinto. Lo menor, la mano, no lo pudo sacrificar a lo decisivo. Tuvo que quedarse allí; pero lo hizo ya sin cesar de hacer con su gentil agilidad una serie de movimientos raros en la vida corriente, pero acaso únicos en un caso así. Eran como ondulatorios, encurvados, como si quisiera volver al seno materno, como un refugio, para no nacer, para no ser nada. Pero yo le seguí su cabeza con mi implacable fusil, hasta hacérsela estallar y llenarme con su sangre para siempre mi conciencia en un grave recuerdo que ya me ha marcado con su peso hasta mi último día.

Bajo esa obsesión tan inhumana de ejemplarizar sólo con castigos que acredita a la derecha española, la chica comunista fue dejada para postrera; con esa estupidez clerical de creer que al llegar el castigado al otro mundo va a enmendarse de las causas que lo quitaron de éste. Por lo visto, el supuesto Estado Mayor de la Muerte que pensaba todo esto con tal lujo de detalles, estimó que siendo la chica la última en morir, la visión de la hilera que la precedió sería la tremebunda imagen que una vez en el más allá la haría reflexionar y volver al seno de la ortodoxia religiosa y política.

Era una chica más bien joven, quizás bonita, no lo sé —no eran los instantes para observar esos aspectos de la muchacha, que tampoco venía de acicalarse—; pero sí derecha, decidida, braceando como un soldado y dando mil gritos y vivas a Lenin, a Rusia, a Stalin, al Comunismo, a Carlos Marx, y alternando con muertas a España, con muchos muertas a mi patria que me indignaban y asqueaban como a cualquier ciudadano de la URSS le ha de sublevar que un propio ruso reniegue contra su patria.

La chica no se paró hasta que llegó a los dos últimos cadáveres. Sus gritos resonaban, agudos, femeninos, mucho más altos y externos al camposanto que los de todos los predecesores. Estaba como desencadenada, como un torrente, como una «manola» del Madrid napoleónico, como un volcán. [...]

Una vez parada, poseída de que iba a morir por sus ideas, ya no dio un paso más. Parecía ser ella quien nos obligaba, quien nos citaba a los medios de aquel coso cuadrilongo y macabro.

Nosotros estábamos ya detrás de aquel manojito de nervios y fibras guturales en tensión. Y ella, indudablemente, esperaba ya el tiro ruin que la acabase de una vez. Y este solo tiro suficiente fue lo que a mí me hizo dudar, no sobre si había de morir o no, sino que miré a Antonio, y con los ojos ya le debí mostrar mi indecisión. El me guiñó y me dijo en un movimiento de labios y una especie de sonrisa:

— A medias.

Aún no sé por qué yo no disparé. Puede, en primer lugar, que fuera por economizar una bala; pero me analizo ahora, al cabo de estos casi treinta años en que cada vez recupero la escena con mayor claridad, que acaso lo vi como una doble muerte innecesaria, como un sadismo, como una cobardía ya excesiva y una vileza contra lo cual, un repentino, ahilado y fugaz, pero poderoso retraimiento del poso aquel insondable de mi conciencia de entonces me impidió apretar el gatillo.

La muchacha fue muerta y tan destrozada como todos los demás. Cayó boca arriba, el traje se le subió —era una bata de verano— hasta la cintura, y, sin bragas, mostraba el sexo y un vientre muy abultado.

Quizás por aquella misma excitación idealista que traía, aun muerta, sus extremidades y parte de su cuerpo se movían. Todo fue muy rápido. El vientre se agitaba; el sexo se abrió un poco, comenzó a distenderse y a destilar un líquido acuoso. Pero Antonio apuntó verticalmente contra el centro de aquel vientre, disparó y dijo:

— Tú tampoco sales de aquí.

Por la tarde, el párroco, el nuevo alcalde y demás «poderes tradicionales» de Lora del Río organizaron un *Te Deum* en acción de gracias al Altísimo por la «liberación» de la ciudad, al que nosotros asistimos con nuestras armas rendidas hasta recibir la bendición.

Por la noche, la comida no llegó a ser extraordinaria, pero como las bodegas de una importante región vinícola de la provincia de Cádiz nos habían enviado bastante vino, hubo juerga grande, borracheras, los excesos sexuales de aquella colectividad sin mujeres que los señoritos conservadores iniciaban en sus subordinados y vomitonas.

Se prohibió que las campanas tocaran a muerto. Había que olvidar el pasado, ser generosos. En Lora del Río no ha pasado nada. Y Lora del Río —el Guadalquivir—, provincia de Sevilla, quedó inmersa en aquella nueva España que esta «cruzada» liberó así.